



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 47.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
Congregacion, 1, 2.º izquierda.

Se publica todos los domingos.

Valencia 19 Noviembre 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos. — América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

Las dos Isabeles: A S. M. la Reina Doña Isabel II, por D. Salvador Maria de Fábregues. — Los poetas italianos: Dante, por D. Teodoro Llorente. — La Pobreza, por Doña Isabel Poggi. — Alfonso Karr. — A S. M. la Reina Doña Isabel II, en sus dias, soneto, por D. Dámaso Belgado Lopez. — La pena de Martos: leyenda, por D. José Lamarque de Novoa, (continuacion). — Un episodio de la guerra civil, por D. Enrique de Villarroya.

Láminas. El emperador Maximiliano y la emperatriz Carlota en las calles de Méjico. — Alfonso Karr.

La redaccion de EL MUSEO LITERARIO, que tiene la alta honra de contar como *primera protectora* de nuestra publicacion á S. M. la Reina Doña Isabel II, manda á los piés del trono su cordial felicitacion en tan augusto dia, deseando á su Soberana y real familia las felicidades mas completas.

LA REDACCION.

LAS DOS ISABELES.

A S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL II.

I.

Renio de la Historia, préstame tu pluma de oro para que pueda bosquejar con acierto las dos grandes figuras que resaltan en la historia de mi nacion.

Pobre mi talento, débil mi pluma, tal vez no podria sin tu auxilio narrar las dos efemérides que en bronce debieran perpetuarse, y como espresion de respetuoso afecto me atrevo á elevar hasta las gradas del trono en que se sienta la mas magnánima de las soberanas, á la que felicita sinceramente en sus dias el mas humilde y apasionado de sus súbditos.

II.

La fe nos salva, ha dicho uno de los primeros campeones de la religion católica; con ella conseguimos de la Divinidad gracias superiores á nuestros merecimientos.

Sin la fe seríamos como esas plantas exóticas que, trasplantadas á otros climas, vegetan con una vida lánguida y casi artificial.

Sin la fe seria nuestra existencia páramo desierto en el que solo sentiríamos el *simoun* de las pasiones y el huracan de las contradicciones.

Con la fe vemos siempre un *mas allá* que nos fortalece y nos anima á sufrir las amargas decepciones de la vida.

Con la fe nos sonríe en lontananza un porvenir de ventura, ó vislumbramos el dia en que un Sér justiciero nos compense de las opresiones que en la tierra hayamos sufrido.

Con la fe vivimos. ¡Desgraciado del que no la alimente en su corazon!

III.

1492.

Una muger modelo de religiosidad, de temple varonil, de alma grande, piadosa, benéfica, gobernaba en Castilla hácia la segunda mitad del siglo XV.

Acaba de enriquecer su corona con un nuevo florón conquistado á los fanáticos sectarios del islamismo, que con la pérdida de la morisca Granada perdieron tambien su imperio en España.

Sobre los torreones de esta bella ciudad ondeaba ya el pendon de la cruz con los blasonados de Castilla y Aragon. En las musulmanas mezquitas se elevaban al Eterno himnos en accion de gracias. El pensamiento de Isabel I se habia realizado; empero su fe grande, ardiente, la impulsaba aun mas allá.

Un sábio marino genovés que habia seguido á la corte de Isabel mendigando un apoyo para realizar su gran descubrimiento, logra ver y ser oido por la Católica Reina. A despecho de la opinion general de los hombres científicos de su reino, que calificaban á Colón de loco, Isabel alimentó con fe los pro-

yectos y esperanzas del audaz marino. Pero el tesoro real se hallaba exhausto por los muchos gastos que la conquista de Granada había ocasionado. Isabel no vacila, pretende empeñar sus propias joyas, pero D. Luis de Santangel la evita recurrir á este extremo prestándola los cuatro mil doblones de oro que Colon necesitaba para equipar su flota.

Dios recompensó la fe de la gran Reina. Colon partió del puerto de Palos con sus tres carabelas el 3 de Agosto de 1492, y en el mes de Abril del siguiente año el gran almirante ofrecía á los pies de Isabel I el nuevo mundo que los dos descubrieron; él con sus cálculos científicos y ella allegándole los recursos para que esos cálculos fueran un hecho evidente.

A la gran fe de Isabel I se debió el que contásemos con vastas posesiones en América, y que un célebre historiador dijese que el sol nunca se ponía para los dominios del Rey de España.

IV.

La caridad, hija de Jesucristo, representa en su sentido propio *gracia y alegría*, según nos dice Chateaubriand.

Ella es en la humana estirpe el bálsamo que cicatriza sus llagas, el néctar que endulza sus amarguras, la alegría que mata sus dolores.

La caridad enjuga el llanto del triste, vierte el consuelo en el corazón del que sufre, despierta la fe, hace renacer la esperanza.

Como emanación de la Divinidad es fuente de inagotable ternura, pozo de abundancia en los desiertos de la vida.

La sociedad en la que no se practicara la caridad sería comparable á un cubil de fieras, á las que solo dominan instintos de destrucción y de rapiña.

¡Bendita sea la caridad entre los hombres que la practican! Con ella se purifican, y al despojarse de los hábitos terrenales, se aproximan mas y mas á su Criador.

V.

1865.

Hubo un día en que el pueblo español se agitaba con descontento, gemía en silencio por el esfuerzo que de él se exigía.

Los apuros del erario obligaron á los gobernantes á proyectar un anticipo forzoso que la nación no podía ya sobrellevar; ¡tantas eran las cargas que sobre ella pesaban!

De todas partes llovían protestas, súplicas y reclamaciones. El anticipo era inevitable. Faltaban recursos para cubrir atenciones imprescindibles. El pueblo tenía que sufragarlas.

La augusta señora que se sienta en el trono de San Fernando, conjuraba á sus ministros á que recurriesen á otros medios que aflijiesen menos á sus hijos. Todo era en vano.

Entonces, como dice el inspirado vate Fernandez y Gonzalez,

Ardió en amor: corrió el lloro
De sus ojos siempre fijos
En sus pueblos, en sus hijos;
Brotó de sus manos oro,
Y España la oyó esclamar
Transportada de alegría:
«¡Bien haya la hacienda mia,
Que os puede el llanto enjugar!
¿Rica yo? ¿Vosotros penas?
Tomad la herencia sagrada
Por mis abuelos ganada,
Y la sangre de mis venas.»

Es imposible describir con frases mas galanas el rasgo de caridad mas grande que registrarán los anales de la segunda Isabel.

¿Lo olvidarán sus súbditos? ¡Qué importa que la ingratitud se albergue en la tierra! Para las almas grandes y eminentemente caritativas como la de Isabel de Borbon, la satisfacción de su conciencia será el mejor galardón que haya podido obtener, y que nadie que ame á la humanidad podrá disputarle.

Como suplemento de tan espléndida caridad, en los aciagos días que acabamos de pasar y cuando el viajero del Ganges con la cortante segur de la inexorable parca cortaba á diestro y siniestro el hilo de la existencia de infinitos seres, la inagotable caridad de Isabel socorria las desgracias que pesaban sobre el pueblo de Madrid dándole un millón de reales de su dinero, que ha de hacer frente á la espantosa miseria que asoma su descarnada cabeza en el fondo de este cuadro de desolación y de tristeza.

Los príncipes de la tierra que ejerciten la caridad, según San Pablo, se identifican en su grande misión con la que desempeñó el Redentor del género humano.

Isabel II será bendecida en todos tiempos por el pueblo español, y si la primera mereció el dictado de *Católica*, la segunda pasará á la posteridad con el nombre de *Caritativa*.

VI.

El señor rey D. Fernando VII para perpetuar la gloriosa memoria de la primera Isabel, instituyó en 24 de Marzo de 1815 la real Orden Americana de Isabel la Católica, para premiar con ella la lealtad y el talento.

¿Qué hará ahora la nación para conmemorar el sublime desprendimiento de Isabel II?

En un país en donde se levantan estatuas al talento, ¿no merece un monumento la *Caridad*?

SALVADOR M. DE FÁBREGUES.

LOS POETAS ITALIANOS.

III.

DANTE.

II.

Ya hemos visto que el Dante, considerado como poeta, es una trinidad en que se unen tres personalidades, el amante, el teólogo y el ghibelino; pero nos falta ver quién prestó la forma á la poesía cuyo espíritu hemos visto animar la vida del proscrito de Florencia. Aun no había desenterrado la erudición los modelos ni las reglas clásicas, y los pueblos modernos carecían de una literatura digna y regularizada, que guiase á Dante en la difícil obra que se propuso. Pero su genio le hizo ver la rica poesía que se ocultaba bajo el grosero traje de las leyendas populares, y comprendió que aquellas nuevas formas se adaptarían perfectamente á su pensamiento nuevo. La mitología cristiana, como la comprendían los pueblos ignorantes y crédulos del norte, inspiró la *leyenda*, que es la expresión de las nuevas ideas por medio de un tosco simbolismo: así es, que todo en ella toma formas sensibles; las luchas del espíritu, la tentación y la gracia, son atribuidas á los ángeles y á los diablos; la providencia, idea benéfica que domina siempre en las leyendas religiosas, es puesta á la vista de los fieles, atormentando materialmente al pecador y salvando con prodigiosos milagros al justo perseguido; y el reino de Dios y el fuego eterno se presentan á la grosera imaginación de los devotos con una riqueza de delicias y tormentos que los conmueve de admiración y espanto. La existencia de un mundo superior á

este mundo visible; el cielo y el infierno mezclados siempre en las cosas de la tierra, presentaban ancho y maravilloso campo á quien se atreviera á entrar en él resueltamente: Dante no vaciló, y se lanzó á aquel mundo sobrenatural con la fe y energía que formaban la base de su carácter.

Los poetas clásicos nos trasladan á veces á los infiernos; pero sus campos Eliseos y su Tártaro no son mas que recursos poéticos que, como sus divinidades, solo sirven para formar la *máquina* del poema, ó frias alegorías filosóficas, como el *sueño de Escipión*. No así en los siglos medios; la idea de otro mundo era el fondo de las creencias vulgares: aquellos pueblos ignorantes y violentos solo se conmovían ante el aspecto de suplicios espantosos y goces eternos; las *danzas de la muerte* infundían espanto bajo las sombrías bóvedas de las catedrales, y hasta en los espectáculos públicos servían de religiosa lección los demonios y los condenados (1). De este modo, al tomar por asunto de su poema *la otra vida*, cumplió Dante la regla de los preceptistas de interesar vivamente á sus lectores, y no con el interés de nacionalidad que ellos exigen, sino con el interés religioso, mas eficaz en aquel tiempo. Además, un mundo sobrenatural, donde podía con libertad espaciarse su imaginación, se prestaba maravillosamente á la *alegoría*, que dominaba entonces en el orden literario y artístico, presentando por medio de símbolos palpables las ideas abstractas de la metafísica escolástica, y enlazando los varios pensamientos que presidían á la formación de su poema. Así es, que vemos desarrollarse paralelamente las tres ideas del Dante; y tan pronto creemos ver en él la humanidad elevándose gradualmente desde el cieno del mundo al conocimiento de Dios, como el amante que espiando sus infidelidades logra volver á los brazos de su amada, como al implacable político que juzga severamente á los personajes de su siglo, y nos conduce desde la anarquía de la prostituida Florencia al orden y la paz del venturoso imperio.

De esta divergencia de ideas, fundidas en una sola alegoría, proviene la oscuridad, defecto principal de la Divina Comedia, que hoy no se puede comprender sin los pesados comentarios con que la enriqueció la estudiosa paciencia de los glosadores: y no se crea que estos han ido á buscar, como en Petrarca, soñadas interpretaciones en las que jamás pensó el poeta: no, Dante nos avisa que todo es misterioso y significativo en su libro, y que el verdadero sentido está oculto á las inteligencias vulgares (2). Para comprender, pues, el alto fin que se propuso, sigámosle en su singular viage.

Estraviado en el bosque tenebroso de la vida, es acometido el poeta por una onza, un león y una loba (la sensualidad, la ambición y la codicia, y al mismo tiempo los florentinos, la Francia y la corte de Roma) de los que le liberta Virgilio, símbolo de la ciencia humana (la literatura y la filosofía), que para salvarle es enviado por Beatriz (la ciencia sagrada, la teología), la cual ha sabido por Lucía (la divina gracia) que aquel que tanto le amó se halla á punto de sucumbir. Entra Dante con su ilustre guía en una oscura caverna, donde oye los lamentos de la multitud que ha pasado, sin dejar huella alguna, por el mun-

(1) En 1301, en unas fiestas en Florencia, se anunció por medio de un solemne pregon que los que quisieran tener noticias del otro mundo, acudiesen al puente y orillas del Arno, en el cual sobre lanchas se representaría el infierno. Casualmente el puente se hundió y muchos se ahogaron, logrando de este modo efectivamente saber nuevas del otro mundo.

(2) O voi c'havete gl'intelletti sani;

Mirate la dottrina che s'asconde

Sotto il velame de gli versi strani.

Aguzza qui, Lettor, ben gli occhi al nero

Che'l velo e hora ben tanto sottile

Certo, che'l trasparar dentro e leggero.

do, indignos del cielo y el infierno, y llega á la terrible puerta cuya magnífica inscripción se ha hecho célebre:

Per me si va nella città dolente;
Per me si va nel eterno dolore;
Per me si va tra la perduta gente.
Giustizia mosse il mio alto fattore:
Fecemi la divina potestate,
La somma sapienza e'l primo amore.
Dinanzi a me non fur cose create,
Se non eterne, et io eterna duro:
Lasciate ogni speranza, voi che'ntrate.

En el primer círculo del infierno están, sin sufrir tormento alguno, las almas de los paganos justos: Homero, Horacio, Ovidio y Lucano acojen cortesmente á Virgilio y á Dante que tiene el honor de contarse el sexto de aquellos grandes hombres. El juez Minos preside al segundo círculo, en el que vuelan sobre ráfagas de viento los espíritus que manchó la sensualidad; los condenados por gula sufren el granizo y la lluvia helada del tercer círculo, custodiados por el voraz Cancervero, y en el cuarto Pluton guarda á los avarientos, la mayor parte papas y cardenales, que resucitarán con el puño cerrado. Pasando en una lancha por la laguna Estigia (círculo quinto) donde están sumergidos en el cieno los iracundos, llegan los dos viajeros á la ciudad de Dite (sexto círculo) abrasada por el fuego eterno y guardada por las furias, donde los hereges están encerrados. En el séptimo círculo se castiga la violencia, que según Virgilio esplica, puede ser contra las personas, contra los bienes, contra Dios y contra nuestra propia naturaleza. Para llegar al octavo círculo, donde se castiga el fraude, montan Dante y Virgilio en Gerion, monstruo que simboliza este vicio, que volando los conduce á la Malabolge, donde en diez valles se atormentan con diversos suplicios las diez clases de fraudulentos. Despues descienden al noveno círculo, profundo pozo, á cuyos bordes están enterrados hasta la cintura los gigantes, lo mismo el Nemrod de la Escritura que el Anteo de la fábula, y en el que un frío intensísimo congela á los traidores. Lucifer, el bello ángel rebelde, ocupa en el fondo del infierno el centro del globo terrestre: es un monstruo colosal de tres cabezas, que devora al mismo tiempo á Judas Iscariote, y á Bruto y Casio, el traidor contra el Cristo, y los traidores contra el César. Despavorido trepa Dante con Virgilio por el cuerpo del demonio, hasta que venciendo el centro de gravedad, se encuentran al pasar de su cintura en otro hemisferio, y volviendo la cabeza donde antes tenían los pies, respiran de nuevo el aire puro, y ven las estrellas desconocidas del cielo austral. Caton de Utica acoge al Dante benignamente, y despues de haberle purificado con una agua mística, comienza á trepar con su guía por el áspero monte de la expiación. A sus faldas encuentran á los que la muerte no ha dejado tiempo de hacer penitencia, y ahora trepan con trabajo por la escarpada montaña. Rendido del cansancio, se duerme Dante y en sueños lo arrebata un águila; es Lucía, la gracia, que lo lleva al purgatorio: sube las tres gradas de mármol blanco, negro y rojo, que simbolizan la confesion ingenua, el dolor verdadero y la satisfacción del mal causado, y de este modo, por la puerta de la penitencia entra en el lugar donde se purgan los pecados. Los cuatro espirituales y diabólicos, que nacen de la malicia, la soberbia, la ira, la envidia y la pereza, son diversamente castigados, y con los tres que provienen mas directamente de la carne, la avaricia, la gula y la lujuria, llenan los siete círculos ascendentes del purgatorio. A pesar de los tormentos, una inefable esperanza hace prorumpir en salmos á los condenados, que van acercándose á una completa expiación. A través del fuego expiatorio llegan Dante y Virgilio al paraíso terrestre, morada del hombre en estado de inocencia, y

ven á la otra parte del Leteo, cuyas aguas borran las culpas, á la piadosa condesa Matilde, símbolo de la vida activa, de las obras y de la teología práctica, en oposicion á Beatriz, la contemplacion, la teología ascética. Ven llegar despues un magnífico cortejo, que representa el cristianismo bajo figuras alegóricas, y termina con el carro triunfal de la Iglesia, arrastrado por el grifo divino (Jesucristo), y sobre todo ello desciende, revestida de celeste magestad, Beatriz, que reconviene á su amante, porque la ha olvidado por livianos placeres, y le hace confesar sus culpas. Virgilio ha desaparecido, y Matilde hace pasar á Dante el místico Leteo, y sigue el carro triunfal, hasta que, haciéndole beber en la fuente Eúnea, que inspira las virtudes, le transporta á los campos espléndidos del cielo. Por ellos le conduce Beatriz, cuya hermosura aumenta al irse acercando á Dios, y que con sus miradas y sonrisas purifica cada vez mas á su amante. La Luna, Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno son el centro de siete cielos, donde gozan la eterna felicidad los bienaventurados á diversa distancia de Dios, según sus méritos, pero todos contentos con el rango que ocupan en la gerarquía divina. En el octavo cielo, Pedro, Santiago y Juan examinan á Dante sobre la fe, la esperanza y la caridad, y declarado digno de entrar en el Empíreo, sube al noveno y último cielo, en el cual diez círculos concéntricos de luz giran al rededor de un punto fijo; son los serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados, arcángeles y ángeles que rodean á Dios: entre ellos está preparada una silla para el emperador Enrique de Luxemburgo. El espíritu de Dante se penetra de aquella «luz intelectual llena de amor, amor del verdadero bien lleno de alegría, alegría que supera á todas las dulzuras,» y entonces Beatriz le abandona para sentarse entre los tronos, y le envía á Bernardo, que le muestra los escogidos, y dominando sobre todos ellos á María, á quien ruega interceda con Dios para que se deje ver del Dante. Su peticion es concedida y se descubre la divinidad bajo la forma de una esfera, compuesta de tres círculos de distintos colores, que unos á otros se reflejan, y en ella impreso distingue el poeta un rostro humano, como imagen de su propio rostro, figura de la union de Dios con el hombre. Tan altos misterios ofuscan la razon de Dante, que cegado por la eterna luz, no puede soportar por mas tiempo la contemplacion de la divinidad.

TEODORO LLORENTE.

LA POBREZA.

¿Por qué la pobreza es el asco de esa frívola sociedad, que jamás se detiene ante la humilde figura de un anciano que implora su compasion?

¿Por qué esa turba de poderosos magnates pasa, sin tender siquiera una mirada cariñosa sobre el inocente huérfano, que se interpone á su paso, tendiendo su mano y dirigiendo á ellos su triste voz, demandándoles una limosna?

¡Ay! para vosotros, los que dormís en dorados y mullidos lechos; que os reclináis indolentes en magníficos sillones; que habitáis espléndidos palacios, en cuyas bien decoradas estancias aspiráis una atmósfera tibia y perfumada, que hace desaparecer la crudeza del frío invierno; que solo veis á vuestro rededor lujosos lacayos, que os presentan en doradas vajillas suculentos manjares; para vosotros no existe la pobreza!

Vosotros no habeis visto esos cuadros de desolacion, que humano pincel no es capaz de

transmitir al lienzo, ni la pluma puede reproducir en el papel.

No habeis escuchado ese grito desconsolador, penetrante, que estremece las entrañas de la desgraciada madre al oír á sus hijos pidiéndola pan! el pan, que ella implora de vosotros y que la negais, cuando en las altas horas de la noche se atreven á tenderos su trémula mano inclinando su frente ruborosa para que no veais la lágrima abrasadora que brilla en sus ojos...! y con la mayor crueldad cruzais de largo, desatendiendo aquella desgracia, sin ver el daño que causais á la sociedad. A la sociedad, sí; porque aquellos niños, si no sucumben á la miseria, llegan á ser hombres; y recordando entonces la desnudez de su infancia, su hambre, las amargas lágrimas de una madre tierna y amorosa, á quien tal vez hayais impulsado á la corrupcion, de que huía, implorando vuestra caridad, tratarán de vengarse de tan cruel comportamiento, y serán propagadores de criminales proyectos, y harán alarde de sus crímenes, y se mofarán de todo lo mas noble y santo, y violarán los derechos mas sagrados, y serán, en fin, el azote de esa sociedad, que pudo recibir de ellos un caudal de sanas ideas.

¿Por qué, cuando un pobre se os acerca, huís de él, como de una vívora ponzoñosa? ¡Ah! sus raidos harapos os causan repugnancia! su miserable aspecto os inspira repulsion! No comprendéis que aquel desgraciado sér, bafa y escarnio de los poderosos, alienta un corazón noble y recto, capaz de los hechos mas heroicos! y por eso le despreciais vosotros los que estais llamados á ser su sostén, á socorrer sus necesidades, á nutrir su entendimiento, porque de todo necesita!

Llegad á esos mezquinos asilos, donde sobre pajas descansan los infelices: mirad sus escuálidos semblantes: sus apagadas y tristes miradas, donde se reflejan todos los sufrimientos del alma, y, de seguro, vuestro corazón no permanecerá insensible á tantas miserias, á desolacion tanta. Llegad; y, deponiendo vuestro orgullo, unid el socorro del alma con el del cuerpo. ¡Agradece tanto el que sufre una lágrima vertida por su dolor!

En los pobres, en esos miseros séres, que rechazais sin motivo, hay tanta sensibilidad, tanta ternura, que jamás olvidan la benéfica mano que remedió sus necesidades. Entre millares de personas reconocen á su bienhechor, y siempre tienen una plegaria fervorosa que elevar al cielo por él.

La pobreza fue amada del Señor de cielo y tierra. El nos dió edificantes ejemplos de humildad, mezclándose con los pobres y remediándoles en sus males. Imitemos al divino Maestro; seamos siempre cariñosos con los desheredados hijos de la voluble fortuna; tendámosles nuestra mano, cuando de ella necesitan; si, desgraciados tambien, no podemos darles una moneda, vertámos una lágrima por su infortunio, y ella será ofrenda purísima, que subirá al sòlio del Eterno y consolará nuestro pesar, por no poder conceder otros dones al que implora nuestra caridad.

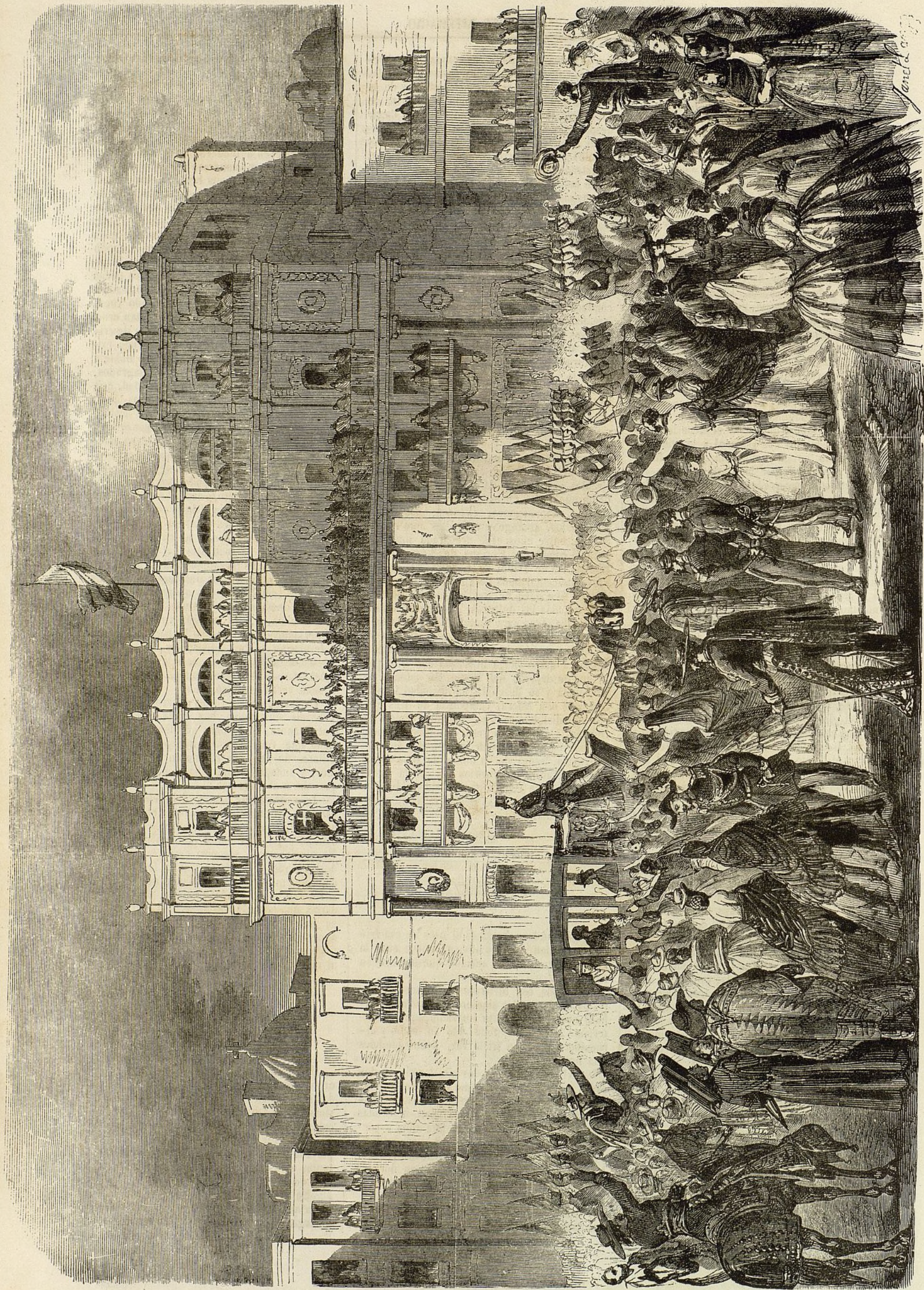
ISABEL POGGI.

Santa Cruz de Tenerife.

ALFONSO KARR.

El conocido novelista francés Alfonso Karr, cuyas producciones son tan leídas y estimadas en España, nació en París el 4 de Noviembre de 1808, haciendo sus estudios en el colegio Borbon, del que fue profesor mas tarde. Como literato forma parte de la brillante pléyada, cuya rica imaginacion dió cuerpo á tantas obras ingeniosas despues de la revolucion de 1830.

En 1832 publicó *Bajo los tilos*, novela en la que la ironía encubre muchas veces la amargura; en esta novela se descubre ya su



EL EMPERADOR MAXIMILIANO Y LA EMPERATRIZ CARLOTA EN LAS CALLES DE MÉJICO.



ALFONSO KARR.

afición á la paradoja, especialidad que distingue las obras de este escritor.

Sucesivamente publicó *Una hora mas tarde*, *Fa sostenido*, *Viernes por la noche*, *El camino mas corto*, *Lo que hay en una botella de tinta*, *Genoveva*, *El difunto Bressier*, *Viaje alrededor de un jardin*, *Fuerte en el tema*, *La Penelope normanda*, *Las mugeres*, *Todavía las mugeres*, y otras obras que han sostenido su reputacion.

En 1839 Alfonso Karr se encontraba á la cabeza de la prensa de segundo órden, como primer redactor del *Figaro*, y al mismo tiempo escribia en la *Revista de ambos mundos*, en el *Artista*, en el *Esprit*, en los *Franceses pintados por sí mismos* y en las *Flores animadas*.

En 1840 fundó *Las avispas*, sátira mensual que atacaba los vicios del dia y que le atrajo el odio de los elegantes, á quienes impacientaban sus aguijonazos.

Despues de la revolucion de 1848 tomó una parte activa en la direccion del ministerio de instruccion pública, dió á luz entonces el *Libro de las cien Verdades* y creó el *Periódico*. En 1857 escribió *Un puñado de verdades*.

Su pasión por la agricultura y la proximidad del mar le llevaron á Niza, donde se ha establecido, dedicándose á la horticultura:

desde allí deja escuchar alguna vez el zumbido de sus *avispas* y cuando los quehaceres de jardinero se lo permiten trasforma en dramas los episodios de sus novelas.

A S. M. LA REINA

DOÑA ISABEL II.

EN SUS DIAS.

Soneto.

Magnánima Isabel, á TU presencia
Huye el dolor y la esperanza crece,
Y TU bondad cual iris aparece
Remediando del pobre la indigencia.

Inagotable, Reina, es TU clemencia
Y ante el sufrir TU caridad acrece;
Y ese TU noble corazon fallece
Con el dolor de la sin par Valencia.

Hoy es TU dia, y el placer en tanto
Borras del pecho; y con los ojos fijos
Anhelas al abrigo de TU manto

Calmar los pueblos en su mal prolijos.
—Si es que quieres gozar, contempla el llanto
Que siempre por tu amor vierten TUS hijos.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

LA PEÑA DE MARTOS.

(Continuacion.)

III.

Tirano y víctimas.

De Palencia partió el rey
Por sus huestes precedido,
Y hácia Martos se dirige
Silencioso y pensativo.
No va de su fe y patria
A combatir enemigos,
Sino á saciar, insensato,
Sus vengadores instintos.
En vano el bético suelo,
De ricas galas vestido,
Risueño á su paso muéstrale
Sus pomposos atractivos;
Canoras aves en vano,
Con sus melodiosos trinos,
En dulce canto de amores
Vienen á halagar su oído;
Que él, en alazán soberbio,
Siguiendo audáz su camino,
Solo en su cruel venganza
Tiene el pensamiento fijo.
Por ella hasta el amor puro
De su patria dá al olvido,
Y odioso será por ella
A los venideros siglos.

Ya desde lejos divisa
El alto y fuerte castillo,
Ayer morada de infieles
Hoy de cristianos asilo.
Allá en una de sus torres,
Blanca como piel de armiño,
Flotar vése una bandera
Del céfiro al blando giro.
Roja cruz tiene en su centro,
Santo y noble distintivo
Que ostentan de Calatrava
Los caballeros invictos,
Terror de la gente mora,
Nunca en la guerra vencidos,
Honor y prez de su patria
Por su lealtad y heroísmo.
Allí están los Carvajales,
Que comendadores dignos
Son de la Orden, y gefes
De aquel murado recinto.
Por eso velóz á Martos
Camina el monarca altivo;
Venganza pide á sus ojos
La sangre de su valido,
Y del Potente juzgando
Ser interprete divino,
Olvida, torpe, en su orgullo
Que está ofendiendo á Dios mismo.
Marciales trompas anuncian
Del real viagero el arribo,
Vitores pueblan el aire
Y ponderoso rastrollo
Sobre el foso descendiendo
Dá paso al rey, que seguido
Va de hueste numerosa
Que para escoltarle vino.
Formados los caballeros
A la entrada del castillo
Miranse ya, y á rendir
El homenaje debido
Al rey de Castilla llegan,
Mas que todos decididos,
Los hermanos Carvajales;
Mas, ah, que al doblar sumisos
La rodilla ante el monarca,
El les dice enfurecido:
«¡Alzad, miserables! nunca
Los traidores y asesinos
Merecieron la alta honra
De ser servidores míos.»
Y dirigiéndose luego
A sus capitanes, dijo:
«Prendedlos; y que cargados
De esposas y férreos grillos,
Sean á la lóbrega cárcel
De esta mansion conducidos.»
Amenazante murmullo
Se alzó al oír el indigno
Mandamiento del tirano,
Mas pronto quedó estinguido;
Y hasta las ilustres víctimas
De proceder tan inicuo,
Trémulas también ahogaran
De su indignacion el grito.
Así el austro fiero, en torno
De audáz pirata navío,
Ruge, conmueve las ondas
Y amenaza destruirlo.
Mas serénase, y á poco
Torna el corsario atrevido
A saciar en cien bageles
Su ciego furor impio.
Con altivéz el monarca
Gozoso mira su triunfo,
Y aparentando sereno
Rostro, y corazón tranquilo,
A oculto aposento llega
Por sus magnates seguido,
De sus nobles prisioneros
A meditar el castigo.

IV.

El emplazamiento.

Pardas nubes se amontonan
En el ancho firmamento,
Y el sol oculta medroso
Su cabellera de fuego.
Pálida centella á veces
Rasga de la nube el seno,
Y ronco trueno distante
Ruge en prolongados ecos.
En la llanura de Martos
Cabe el monte giganteo
Que entre las nubes se pierde

Y llegar parece al cielo,
Presa de dolor y espanto
Vaga numeroso pueblo
Presagiando en sus murmullos
Un triste acontecimiento.
Triste, sí; que ya se acerca
El duro instante supremo,
En que los nobles hermanos
Víctimas del error ciego
De injusto rey, que no abriga
Piedad y amor en su pecho,
En afrentoso suplicio
Darán su postrer aliento.
Ya tras el erguido muro,
Los aires estremeciendo,
Confusas voces se escuchan
Y rumor de armas siniestro.
Y en la fuerte barbacana
Del Castillo, el pendon régio
Vése ondear en la mauo
Del gefe de los arqueros.
Allí se halla el rey, su rostro
Lívido está, mas sereno;
Gozar quiere en su venganza,
Que es su corazón de acero.
Ya del murado recinto
Las anchas puertas se abrieron,
Y entre guardias aparecen
Los desventurados reos.
No ya el noble distintivo
De la cruz orna sus pechos,
Mas de Calatrava algunos
Esforzados caballeros
Clementes les acompañan,
Su inocencia comprendiendo,
Sin temor al duro encono
Del rey poderoso y fiero.
Y dos freires de la Orden,
Con dulce y piadoso acento,
Para el momento terrible
Van sus almas disponiendo,
No por mirar que les falte
Valor y cristiano anhelo,
Que ante el suplicio no tiembla
El inocente, ni ciego
Las leyes santas olvida
El español caballero,
Sino porque Dios ordena
Dar á los tristes consuelo.
Los dos hermanos caminan
Con paso firme aunque lento,
Y á la esplanada se acercan,
Donde de peñas cubierto
En rauda pendiente el monte
Desciende hasta el valle ameno,
Que en ella debe cumplirse
En breve el fatal decreto.
Mas, ah, ¿por qué horrorizados
Detienen? ¿Torpe miedo
En sus pechos valerosos
Pudo abrigarse un momento?
¡Oh! no es temor, que es asombro
Y ansiedad y duda á un tiempo
Lo que conmueve sus almas;
Que no al hacha el noble cuello
Doblarán... aun esto es poco;
Funesta caja de hierro,
Negro instrumento de muerte,
Allí se mira; sus cuerpos
Vivos aun, encerrados
En ella serán, y luego
Lanzados por los verdugos
Al precipicio tremendo.
Así implacable el rey quiere
Prolongar sus sufrimientos,
Y manchar con tal afrenta
La gloria de sus abuelos.
Mas ya al lugar del suplicio
Llegan, y el rumor inmenso
Del pueblo crece, y confuso
Conturba los rándos vientos.
A la fortaleza vuelven
La vista un punto los reos
Y al rey ven que los contempla
Tranquilo el rostro y severo;
Entonces como inspirados,
Alzan las manos al cielo,
Y así uno de ellos esclama
Con firme y pausado acento:
«¡Rey de Castilla! recuerda
Que existe un Dios justiciero,
Ante su presencia iguales
Son el cayado y el cetro.
Nos haces morir ahogando
La oculta voz, que en tu pecho
Tu error y nuestra inocencia

A gritos te está diciendo.
Nos haces morir, oh rey,
Mas de tu fallo sangriento
Al tribunal inmutable
Apelamos del Eterno.
Y antes que el sol treinta veces
Del mar se oculte en el seno,
Ante el sόlio te emplazamos
Del Juez 6nico y supremo.»
Así dijo: á sus palabras
Siguió aterrador silencio;
Tal vez el tirano mismo
Temblaba en su firme asiento.
Breve súplica elevaron
Las víctimas al Inmenso
Y en brazos de sus verdugos
A morir se dispusieron.
El hierro oprimió sus carnes,
¡Indigno, cruel tormento!
Y á poco la horrible caja
De pena en pena cayendo,
El ronco bramar fingía
Del hondo mar turbulento,
O el ruido que en la sierra
Produce fragoso el trueno.
La multitud lanzó entonces
Un quejido lastimero,
Que repitieron, dolientes,
En la montaña los ecos.
Paró al fin en la llanura
De muerte el rudo instrumento,
Destrozado por los golpes,
Caliente sangre vertiendo:
En él aun palpitan
De los hermanos los restos,
Contemplábanse, causando
Horror y lástima á un tiempo.
Al verlos con hondos ayes
La multitud hirió el viento,
Y acerbo llanto del alma
Triste derramó por ellos.
¡Ay! aquel llanto piadoso
Al mundo estaba diciendo
Su inocencia y demandando
Justa venganza á los Cielos.
Hundi6se el astro del día,
La noche tendió su velo,
Y á poco se alzó la luna
En el azul firmamento.
Al resplandor misterioso
De sus rayos macilentos,
Y de pálidas antorchas
Al rojo fulgor siniestro,
En tanto que el rey partía
De Alcaudete al rudo asedio,
Viéronse de Calatrava
Cien inclitos caballeros
Conducir á sus hermanos,
En funerario cortejo
Para darles sepultura
De Santa Marta en el templo.
¡Oh! benditos los que en alas
De puro y cristiano celo,
Llegan al pié del cadalso
A dar tan piadoso egemplo.

(Se continuará.)

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

UN EPISODIO DE LA GUERRA CIVIL.

A mi querido amigo Joaquín Rusell.

I.

La provincia de Guipúzcoa es sin duda alguna, de las mas bellas de España.

Sus poblados montes, ante cuyos muros de roca se estrellan una á una los olas del Océano, forman pintorescos valles que cubre perenal verdura.

Los caseríos y las aldeas, esparcidos como bandadas de palomas, destacan entre los copudos castañares y se miran con ellos en el manso cristal de la corriente.

La naturaleza toda parece querer recrear la vista del viagero con los contrastes mas caprichosos. En la alfombrada llanura se levanta un pico estéril del que brota una fuente copiosa; el límpido arroyuelo baña el pié de

la colina y serpentea tranquilo por la pradera verde; y las montañas encadenadas unas á otras por cerros y collados se avanzan hasta recibir el beso de la mar.

Los guipuzcoanos, descendientes de los antiguos Cantabros, que jamás subyugó Roma, son un pueblo sencillo, independiente y delirante por su fe, por su patria y por sus libertades.

La virtud no es planta exótica en aquella tierra del patriotismo. Los vascongados son valientes, laboriosos, honrados y leales; la juventud tributa al anciano el respeto mas profundo; la voz del padre es acatada y obedecida por el hijo y en el hogar doméstico reina esa venturosa paz que es imagen precursora de las dichas eternas.

En la época á que me refiero se representaba en este pais el espectáculo mas triste. Era en 1836; un ángel exterminador llevaba el desconsuelo á las familias; el cañon repetía su estruendo en los muros de Bilbao y las montañas despavoridas se estremecían al presenciar la gigantesca lucha de hermanos contra hermanos.

¡Guerra civil! nombre terrible inventado por la barbarie para destruir los progresos de la civilización, tiempo de prueba para las naciones, en que se prefiere un interés político y tal vez personal al interés de la humanidad y en que se satisfacen los resentimientos y las venganzas en la sangre de inocentes víctimas!

En calamidad tan espantosa la patria gime porque sus hijos le desgarran el seno y ébrios de furor le devoran las entrañas.

II.

En un modesto caserío de las cercanías de Villareal de Zumarraga, habitaba á la sazón una honrada familia, que la desgracia habia precipitado en la miseria.

Tres eran los miembros de esta familia: la madre, un hijo y una hija.

Ana, que así se llamaba la primera, aparentaba rayar en los sesenta años: su nevada cabeza parecia dar testimonio de su honradéz; su rostro pálido y macilento transparentaba huellas profundas de dolor; su mirada lánguida y penetrante dejaba ver una lucha cruel entre la desesperación y la paciencia y por fin el color de su ropilla decia claramente que las lágrimas y el luto eran en aquella pobre morada un alimento cotidiano.

En efecto, Ana, antes en la abundancia, carecia hoy de lo mas necesario para la vida; su marido é hijos mayores habian caído bajo el nutrido fuego de los defensores de Bilbao, quedándole tan solo para mantenerse y para consolarse el producto del trabajo de Ignacio y los filiales cuidados de María.

Ignacio era un jóven de diez y ocho años, de buena configuracion, elevada estatura, bellas prendas físicas y dotes morales nada escasos.

Ignacio, activo, probo y trabajador, se distinguía en el juego de la pelota, llevaba con gracia la tradicional boina y arrastraba en pos de sí el corazon de las campesinas del contorno.

María, hermosa niña de quince Añiles, era el tipo de las doncellas guipuzcoanas: sencilla é inocente como el niño que llora, pura como el aire que respiran los ángeles, cariñosa como el beso de una madre, dulce como el trino de los ruiseñores.

Ignacio y María se amaban tiernamente: educados en la misma saludable doctrina, no tenían ni mas sentimientos, ni mas aspiraciones que la felicidad de la pobre anciana de quien habian recibido el sér, á la que estaban sumisos y que era el único objeto de todo su cariño.

Dichosa la familia que en los vaivenes de la fortuna se mantiene unida por los la-

zos del amor! La ternura es una fuerza secreta que hace soportar los males con heroísmo y que inunda de felicidad, cuando abruma los sinsabores de la vida. Por elevada que sea la posición social, por abundancia que tenga el hombre de goces temporales, nunca es completamente feliz si en el retiro del hogar doméstico no halla quien seque sus lágrimas y dulcifique su amargura. El mendigo, empero, faltar de bienes de la tierra, es rico en el alma, si tiene ó una madre que le quiera, ó una esposa que le consuele ó unos hijos que le acaricien.

Este es el bálsamo con que el Hacedor supremo, en su divina clemencia, cura los pesares del hombre que padece. La existencia humana, sin los vínculos de la familia y el afecto de la amistad, sin la memoria de un pasado que nos instruya y la esperanza de un porvenir que nos halague, sería un peso enorme que no podríamos llevar sobre nuestras débiles espaldas.

III.

La guerra civil trae siempre consigo un sín número de tropelías, injusticias y desórdenes inevitables, de que son víctimas los ciudadanos pacíficos y bajo cuyo férreo yugo gimen todas las clases de la sociedad.

Los carlistas, gracias al espionaje y á la cooperación de los campesinos de la comarca, habian sorprendido y derrotado en las montañas á un destacamento de cristinos. Vueltos al pais estos últimos, fueron acusados algunos habitantes de las aldeas circunvecinas y aprehendidos por el jefe de las fuerzas que los condujo á un castillo.

Ignacio era jóven y valiente y como su padre y sus hermanos habian sucumbido defendiendo la causa enemiga, fue esto bastante para que cayeran sobre él las sospechas, se le prendiera y sin dar oído á sus protestas ni al llanto de su madre, se le trasladara con los demás acusados lejos de sus montañas.

Solo una madre puede comprender hasta dónde llegaba la desesperación de Ana, en aquel momento terrible en que arrancaban de su regazo al sostén de su ancianidad, al hijo de sus entrañas.

Antes de separarse la madre y el hijo, estuvieron largo rato abrazados, anegados en lágrimas y sumergidos en un elocuente silencio.

Por fin estrechando la primera al segundo como por un movimiento convulsivo, secó sus párpados, levantó al cielo sus centellantes ojos y haciéndose dueña de sí misma y dominando su emoción:

—¡Ignacio de mi alma! le dijo; ¡víctima de una acusación inicua te arrancan de mis brazos y te arrastran en prision por un crimen de que no eres culpable! Vé, que Dios te bendiga, sométete á su voluntad santa, sé resignado, acuérdate de mí que yo lloraré tu ausencia.

Y no pudiendo luchar mas tiempo en el rudo combate de su corazon, entre los sentimientos de madre amantísima y la energía y virilidad de su carácter, besó varias veces al jóven con frenético ardor, regó su frente con lágrimas á mares y apretándolo mas y mas sobre su seno maternal, exclamó sollozando:

—¡Hijo de mi vida! ¡consuelo de mi vejez! marcha, tú eres el único bien que me quedaba y me lo roban! ¿Qué crimen he cometido yo para que me castiguen con tal dureza? ¡Dios mio! ¡Dios mio! tengo el fatal presentimiento de que ya no le veré mas, de que no podré recibir sus caricias filiales, de que me habéis llamado á vuestro reino, antes de que él haya recibido la libertad y no estará junto á mi lecho en mi hora suprema, de que.

Entonces los que habian ido á prender á Ignacio, lo separaron de su madre, le ataron las manos y lo hicieron andar.

Ana cayó sin sentido en los brazos de María: Ignacio fijó en ella sus bañados ojos y gritó con acento aflitivo:

—Adios, hermana mia, ¡adios! Cuida con esmero á la mejor de las madres. Mi inocencia será reconocida y pronto volveré á vuestros brazos.

Y bajó la colina volviendo la vista al caserío y desapareció entre los poblados castañares.

Durante el camino el jóven no pensó ni en su cautividad, ni en las privaciones y peligros que le aguardaban; su pensamiento estaba fijo en su madre que veía perecer de hambre y de miseria.

Como fuera de sí y con el pecho oprimido de dolor, llegó á Villareal de Zumarraga, donde esperó en la cárcel pública que lo ataran con otro de los presos cuando llegase el momento de marchar.

A la mañana siguiente, en los primeros albores de la aurora, salieron todos los acusados del pueblo sin que les fuera indicado el lugar donde los llevaban.

Ignacio dirigió una postrer mirada hácia las paredes que lo vieron nacer y exhaló un hondo suspiro. Aquel suspiro revelaba lo que habia de amor filial en su corazon y de angustiosas penas en su alma.

IV.

Desde la prisión de Ignacio la cabaña de Villareal de Zumarraga se habia transformado en un negro sepulcro, á cuya puerta hacían de centinelas perennes la amargura y la tristeza. Los pesares de Ana, duplicados por la ausencia de su hijo, aumentaban con las lúgubres ideas de que era presa constante su febril fantasía; las lágrimas no cesaban un momento de correr á mares por los profundos surcos que labraban su ajado semblante; sus ojos tan solo se levantaban al cielo para implorar misericordia y hacerle testigo del llanto y de las penas que acibaraban su existencia; sus labios contraindidos no se desplegaban mas que para orar por su hijo: su corazon estaba en Dios y su mente fija de continuo en la oscura noche de un porvenir fatal.

La marcha de su hermano, produjo no menos impresion en la angelical María. Ya no cubria con gracioso tocado sus doradas trenzas; no se miraba alegre en el cristal del arroyo; no iba con sus compañeras á cantar junto á la cruz del camino: las flores para ella habian perdido su aroma, el prado no conservaba su frescura, el canto de las aves no era armonioso, el céfiro de la tarde la hastiaba, el sol le parecia opaco y la luna no tenía mas sus dulces atractivos. Su habitual contento se trocó en melancólica sombría; la viveza de su semblante se convirtió en una expresión muerta de silencio y de dolor, sus ojos en fin, aquellos ojos, brillantes como dos luceros, que tan mágico poder ejercieran en el corazon de todos, permanecían siempre fijos en el suelo de su agreste habitacion y dejaban ver pendientes cual preciosas perlas dos gruesas y transparentes lágrimas.

Nuestra jóven, que adoraba á su madre, gemía sin cesar comprendiendo los rápidos progresos de su destrucción moral y la influencia terrible que necesariamente habia de ejercer en su parte física.

Y no eran vanos sus temores: la existencia de Ana iba consumiéndose poco á poco; los padecimientos de su corazon se hicieron notar en su fisonomía, vióse atacada de frecuentes convulsiones, las fuerzas la abandonaron, la fiebre se apoderó de ella y por último tuvo que postrarse en cama.

V.

Hacia tres meses que faltaba Ignacio, y su familia nada había sabido de él.

En las desgraciadas circunstancias que atravesaba nuestra patria en aquella época, la situación de un preso era harto mas precaria que en tiempos normales, sobre todo cuando, en algunos puntos de la Península, regía la ley de represalias con bárbaro y sanguinario furor.

Estas consideraciones no se ocultaron á la perspicaz concepción de Ana: pensó asimismo en los padecimientos de los que viven en la humedad de los calabozos y en las existencias que se apagan por las enfermedades contraidas en ellos.

Su corazón de madre, lacerado por la ausencia y el silencio, se desgarró con tan crueles pensamientos.

La incertidumbre sobre la vida de un hijo es un gusano que roe, un cáncer que devora, un tormento que mata.

La mujer que en menos de un año ha visto morir á su marido y dos hijos mayores, cuando vé como probable la muerte de un tercero, ya no tiene dolor, solo le queda desesperación.

Nuestra heroína hubiera ciertamente desesperado sin sus sentimientos cristianos, sin ese consuelo de la divinidad, llamado resignación, que fortalece á la tierna y débil madre, presentándole otra madre, que de pié sobre el Calvario, hace el sacrificio de su Hijo-Dios, que muere en un cadalso por los hombres.

El cura del lugar subía frecuentemente á ver á la enferma, á consolarla con palabras llenas de caridad y unción evangélica y exhortarla á confiar en Dios.

—Deseche V. todo lúgubre pensamiento, le dijo una tarde; Ignacio gozará de buena salud; si no hay noticias suyas, atribúyalo á las comunicaciones que la guerra hace cada día mas difíciles. Calme V. sus inquietudes.

—Señor, contestó Ana, he perdido de un golpe á tres personas queridas; si Dios lo quiere, haré igualmente el sacrificio de la cuarta y moriré resignada á la voluntad del Altísimo.

VI.

Una mañana fuese María á Villareal á vender el producto de sus veladas, cuando de regreso en la casa encontró á su madre que yacía sin sentido sobre el humilde lecho.

La doncella, en vez de anegarse en un llanto estéril, tuvo la prevision de llamar á unos caseros vecinos con cuyo auxilio prodigó todos los socorros necesarios, hasta que consiguió hacerla recobrar conocimiento.

Ana, débil en extremo, comprendiendo la proximidad de su última hora, encargó á María que llamase á un sacerdote, para recibir los auxilios con que la religión del Crucificado dulcifica las agonías del moribundo.

El pastor acudió solícito y despues de haber proveído á sus necesidades espirituales, dejó á la enferma una limosna para atender á los gastos que ocasionaría su estado.

Los habitantes de la comarca que amaban y respetaban á la moribunda, acudieron todos deseosos de serle útiles y servirla en sus últimos momentos, mas Ana despues de manifestarse conmovida y de espresarles su reconocimiento, les dijo que no podía aceptar mas servicios que los de su prima Leocadia, á quien encomendó la tutela de la angelical María.

—¡Hija de mi alma! dijo á ésta con la serenidad que un espíritu tranquilo engendra, siento ya que mi vida se acaba por momentos; veo la muerte que se acerca á pasos de gigante; dentro de poco habré dejado de existir, tú serás huérfana y tu madre un cadáver

frio, cuya alma en la bienaventuranza eterna pedirá á Dios tu felicidad y la de tu hermano, si éste no me ha precedido en la tumba. Sigue siempre, bien mio, la senda del deber, huye las asechanzas del mundo, que la copa que te ofrece está llena de veneno y sus goces de un instante traen un porvenir de penas.

Menosprecia las rosas que escondan espigas bajo el follaje, no fies en la fortuna que, aunque esplendente, es frágil como el cristal, y vive segura de que solo en la virtud hallarás la dicha. Los placeres que no se basen en ella son vanidad y la vanidad es humo que ennegrece nuestro semblante y mancha la blanca túnica de la inocencia.

¡María, María, hija de mi corazón! las agonías de la muerte oprimen mi garganta... ¡Ah! si no hubiera muerto, si viviese todavía Ignacio, repítele estas palabras que son mi testamento, dile que su madre, que su pobre madre, al verse privada de exhalar entre sus brazos, como entre los tuyos, su postrer aliento, murió resignada y en su última hora te bendijo y le bendijo. ¡Adios, hija, adios! no puedo mas; obedece á tu tia; quírela mucho; acuérdate de mí y encomienda al Hacedor mi alma.

Y esto diciendo abrazó á María, que sumida en llanto la escuchaba; bendijola, estrechó sobre su pecho una cruz de tosea madera, levantó los ojos en alto, dió una cabezada y los cerró para no abrirlos mas.

El sueño de la muerte la había invadido para siempre: su semblante trasformado por el mal, recobró de súbito su perdida brillantez; sus labios entreabriéndose espresaban con una sonrisa seráfica la dicha de que gozaba su alma, y sus inanimados restos, lejos de representar el lúgubre cuadro de la muerte, parecían dar testimonio de que el sepulcro es un escalon que se halla á la entrada de la gloria.

Al ver que su madre ya no hablaba, precipitóse María sobre el yerto cadáver, rególo con lágrimas abundantísimas, cubriólo de besos á millares, apretólo sobre su corazón con frenético delirio hasta que desmayada tuvieron que arrancarla del lecho fúnebre y alejarla de los restos de la que fue su madre.

VII.

Al siguiente día de la muerte de Ana, algunas piadosas campesinas se unieron á Leocadia y á la inconsolable María, amortajaron el cadáver, encendieron cuatro cirios al pié del lecho y arrodilladas dirigieron sus preces al Eterno, por el descanso de la difunta.

En esto oyóse á lo lejos una voz fuerte que entonaba canciones del país y que se hacia mas distinguible á medida que se acercaba, pero en aquel momento solemne nadie se fijó en ella hasta que golpeando á la puerta exclamó:

—¡Madre! ¡madre! ¡María! ¡hermana mia! ¡abrid...! ¡soy yo, soy Ignacio! ¡Ya estoy libre! ¡Ya no me separaré jamás de vuestro lado! ¡Qué dichoso soy...! Pero ¿cómo no abris...? Abrid pronto que os abraza y os cuenta mi cautividad.

Y al decir esto golpeó Ignacio con tal fuerza que rompió la débil cerradura de la puerta, corrió á la habitación de Ana y se encontró con aquel lúgubre cuadro á presencia de algunas mugeres despavoridas.

A tamaño espectáculo, nuestro jóven perdió toda su fuerza, quedó inmóvil, temblaron sus miembros, paralizóse su lengua, dobláronse sus rodillas y cayó en el suelo como herido repentinamente por un inesperado proyectil.

Al volver en sí, Ignacio se encontró acostado en un caserío inmediato; quiso levantarse y volar á su cabaña para abrazar á la que le dió el ser, pero dijéronle que era ya tarde, que la habían llevado á la iglesia, para darle luego sepultura santa. En medio de su aflicción, quiso Ignacio encontrar un alivio pode-

roso pidiendo detalles de la enfermedad y los últimos momentos de su madre. María, embargada por el pesar, le refirió el testamento de aquella; los dos hermanos gozaron en su pena, del inefable encanto que siente el hombre al hablar de una persona amada que ya no existe, abrazáronse, lloraron juntos y juraron solemnemente seguir los consejos de la difunta.

Ignacio y María levantaron los ojos al cielo y Dios los consoló con la esperanza; ambos practican la virtud y son felices, y todos los años al visitar el reducido cementerio de Villareal de Zumarraga, al evocar el recuerdo sagrado de su madre querida y orar por ella sobre el sepulcro do reposa, enjugan sus copiosas lágrimas con la esperanza del cielo.

La fria losa que cubre las cenizas de Ana, les habla al corazón, los exhorta sin cesar á ser virtuosos y les dice que no fien en bienes perecederos.

Nada conmueve mas hondamente que la tumba de una persona querida: delante de ella meditamos con la imaginación desnuda de ilusiones, contemplamos el pasado y el presente y á la vista de la existencia que huye y del porvenir que se presenta en la oscuridad de las conjeturas, resolvemos arrancar nuestro corazón del cieno para entregarlo al deber y á la virtud.

El llanto que se vierte sobre un sepulcro es fructífero y consolador; cicatriza las llagas y lava los remordimientos.

¡Bienaventurados los que lloran!

ENRIQUE DE VILLARROYA.

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.



A LOS VALENCIANOS

RESIDENTES EN LA HABANA.

Habiéndose agotado las colecciones de este tomo, no podemos servir los pedidos que se nos hacen.

Sirva esto de contestación á la galante carta que suscrita por varios valencianos hemos recibido de dicho punto, advirtiéndoles que el importe que obra en nuestro poder servirá para las suscripciones del próximo año, sin perjuicio de remitirles gratis, como lo hacemos, los números de estos meses últimos.

Nuestro administrador en dicho punto lo es D. Benito G. Tanago.

PROPIETARIO D. G. F.

Editorresponsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.